

Las Cofradías:

ámbito de fraternidad y de caridad

Barbastro, 17 de septiembre de 2010
Encuentro Nacional de Cofradías de Semana Santa

Querido Don Alfonso Milián, Obispo de Barbastro-Monzón
Queridos Presidentes y Juntas de Cofradías
Queridos Cofrades y amigos

Es para mi un honor estar con vosotros esta mañana. Muchos de vosotros sabéis que parte de mis años de ministerio sacerdotal los he desarrollado en Alcañiz y Calanda, ciudades en las que se cuida mucho la Semana Santa con sus Procesiones. De allí arranca mi amor a las Cofradías de Semana Santa. Luego he conocido bien la Semana Santa de Zaragoza, de Barbastro-Monzón y ahora de La Rioja. Por eso, ya desde ahora, quiero dejar claro que todo lo que os diga es fruto de mi amor por vosotros cofrades y Cofradías de Semana Santa.

Y quiero empezar mi intervención teniendo una **mirada agradecida** a las Cofradías.

MIRADA SOBRE LAS COFRADÍAS

En España, en muchísimas Diócesis españolas, las Cofradías son numerosas y los cofrades muchos más. En mi estancia por las parroquias y las distintas diócesis en las que he ejercido el ministerio compruebo con agrado que las Juntas de Hermandades tienen claridad de ideas y saben qué quieren y hacia dónde se debe avanzar. Descubro también que se ponen medios para formar a

todos los cofrades en el contenido fundamental de los misterios que celebramos en los días más grandes y más significativos del año cristiano. Y descubro que las cofradías están formadas por muchos hermanos, por muchos cofrades, y en su mayoría jóvenes.

Llama la atención que, en estos tiempos de secularización y pretendido laicismo, haya tantos jóvenes que piden entrar en una cofradía. Y no para ir «*de marcha*», pues ser cofrade supone dedicar esfuerzo, tiempo, disciplina y hasta dinero. Pensemos, por ejemplo, en los ensayos al aire libre con el crudo frío del invierno, o en el coste de los hábitos e instrumentos... ¿Qué buscan? ¿Qué les mueve? Las razones psicológicas o sociológicas no agotan en profundidad la respuesta a estas preguntas.

Pensemos también en la atracción que tienen las procesiones de Semana Santa. ¡Cuanta gente se desplaza para ver una procesión! Las aceras están repletas, lo mismo los balcones. Otros muchos las contemplan en la televisión. ¿Qué tiene la Semana Santa que atrae y mueve a tanta gente?

Puede ser que algunos sólo vean en ella un desfile estético, de arte, de percusión y ritmo, de gente emocionada que llora, que hace la señal de la cruz, de penitentes que cumplen promesas hechas... ¿Es para ellos un espectáculo? ¿Sólo un espectáculo?

La Semana Santa pone ante nuestros ojos el drama del inocente maltratado, del justo perseguido, del bueno acosado por los malos, el drama de las víctimas y de sus madres. Es difícil no conmoverse ante imágenes tan estremecedoras como la de Cristo efímeramente aclamado en su entrada a Jerusalén; ante la agonía y la oración en el huerto; la traición del amigo con el beso de Judas; los malos tratos del prendimiento y la flagelación; el patético encuentro de una madre con su Hijo, a quien van a ejecutar; o ante el gesto valiente, solidario y comprometido de la Verónica; ante la crucifixión, la agonía y la tremenda muerte de un ser humano; ante el descendimiento, el santo entierro o el inmenso dolor y la soledad de una madre viuda a la que le han matado el Hijo. Es difícil permanecer impasible, indiferente ante la novedad sorprendente, inaudita, inexplicable, de la resurrección.

Para algunos puede quedarse la semana Santa en una manifestación de la religiosidad popular, hecho más cultural que religioso, que no les lleva a una adhesión personal a Jesucristo ni a un seguimiento.

Para quien ha conservado encendida la llamita de la fe, la Semana Santa le lleva a vivir intensamente unido a Jesucristo sufriente, muerto y resucitado, a vivir su misterio pascual, misterio, realidad misteriosa de un amor infinito, el amor más grande de Dios

a los hombres, que le ha llevado perder la vida, a dar la vida, para manifestar que nos quiere de verdad. El creyente se siente salvado, perdonado, redimido, porque Alguien, el Hijo de Dios, ha ofrecido su vida en la cruz, salvándonos, librándonos del poder del pecado y de la fatalidad absoluta de la muerte. El cristiano agradece y valora la institución de la Eucaristía, el mandamiento del amor, su muerte en cruz perdonando y disculpando a todos, contempla en silencio su cuerpo en el sepulcro y desborda de gozo y esperanza con la resurrección.

En los días de Semana Santa, el creyente necesita estar a solas con Jesús, con María. Necesita contemplar, saborear el misterio de amor, acompañar, celebrar, sentirse unido a la comunidad y manifestar su intensa y gozosa alegría de creer, en los ambientes en que se mueve, para que otros puedan también conocer a Jesucristo.

Os felicito, queridas Cofradías, queridos cofrades, por los que hacéis y os animo a seguir profundizando en el misterio de Dios, en el amor sin medida de nuestro Dios y Salvador Jesucristo.

Y dicho esto paso al segundo momento de mi charla

I EL BUEN SAMARITANO

Me ha parecido oportuno centrar mi reflexión sobre un pasaje del Evangelio que tiene mucho que ver, a mi entender, con el título de la charla: «Las Cofradías: ámbito de fraternidad y de caridad». La verdad es que de donde más se aprende es del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Así que con toda sencillez os leo el pasaje evangélico y os lo comento brevemente

Se trata de la parábola del Buen Samaritano.

En esto se presentó un experto en la ley y, para poner a prueba a Jesús, le hizo esta pregunta: *«Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?»* Jesús replicó: *«¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees?»*.

Respondió: *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo»*.

Le dijo Jesús: *«Bien has respondido. Haz eso y vivirás»*.

Pero él queriendo justificarse, dijo a Jesús: «Y ¿quién es mi prójimo?». Jesús respondió: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron de todo, lo hirieron y se fueron, dejándolo medio muerto. Casualmente bajaba por el mismo camino un sacerdote: lo vio y siguió de largo. También pasó por allí un levita: lo vio y siguió su camino. Pero un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y se conmovió. Entonces se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al dueño del albergue, diciéndole: “Cuídalo, y lo que gastes de más, te lo pagaré al volver”. ¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado por los ladrones?». Él le dijo: «El que tuvo compasión de él». Jesús le dijo: «Vete, y haz tú lo mismo». (Lucas 10:25-37)

El Evangelio de Lucas evoca en la sensibilidad popular algunas de las más bellas y recordadas escenas que nos han alimentado por generaciones: la visita de María a Isabel, la visita de los pastores en el nacimiento de Jesús, el cántico de María...

También hay pasajes de hondo significado para la vida de numerosas comunidades comprometidas: Zaqueo (19,1-10), el Samaritano (10, 29-37) la oveja perdida y encontrada, el hijo pródigo (15,1-32), la viuda y el juez (18, 1-8) y el querido pasaje de la gente que trabaja popularmente con la Biblia: por la calzada de Emaús (24, 13-35).

El «*Benedictus*» (1,68-79) y el «*Nunc dimittis*» (2, 29-32) que aparecen sólo en Lucas, son himnos que se celebran y cantan en la liturgia y la oración de varias comunidades de fe, junto con el «*Magnificat*» (1, 47-55) que nos han animado en tantas ocasiones de lucha por la justicia.

Muchas personas se interesan en Lucas porque es el «evangelio de los pobres» o «el evangelio de las mujeres» y en otras latitudes, le han llamado «el evangelio de la igualdad». Pero... ¿qué hay en este cautivante evangelio que nos desafía a seguir buscando la inspiración y fuerza para una vida más humana en nuestras comunidades?

Vayamos por orden: de Lucas se ha dicho- aparte de ser el autor del tercer evangelio, según tradiciones bien antiguas – que

era médico (Col. 4, 14) – apoyado por cierto lenguaje que usa y que le muestra muy relacionado con la medicina – y compañero en algunos momentos de Pablo de Tarso (Flm 24) y de sus desventuras (2 Tim 4, 11). El dato estaría en el libro de los Hechos, también compuesto por Lucas, (y originalmente un solo libro con el evangelio) en los pasajes en que se usa a menudo el plural «nosotros» entendiéndose con ello Pablo y Lucas... (16, 10-17; 20, 5-21,18; 27, 1-28,16).

No hay seguridad en si era médico, porque en los pueblos antiguos el saber de curar no era sólo de ellos, sino más popular, pero lo que si es seguro es que se trataba de una persona bien educada, “con letras”, porque se nota en su lenguaje cuidadoso, cierto estilo elegante y en un conocimiento muy grande de la traducción griega de la Biblia hebrea. Así como también en su cuidado por recoger datos y cosas de aquí y allá para hacer su evangelio.

Lucas no fue uno de los discípulos directos de Jesús o uno de los doce, «testigo ocular» (1,2), pero fue un creyente muy involucrado en lo que cuenta y con muy buenas fuentes obtenidas de personas seguidoras de Jesús que guardaban su memoria. De seguro un gentil (es decir no judío), Lucas no parece ubicarse en un ambiente judío porque evita el uso común del arameo (lengua hablada en Palestina y misma de Jesús) sustituyéndolo por palabras y frases del griego (lengua de muchos pueblos gentiles). También se nota que explica costumbres judías (22, 1-7), omite cosas específicamente judaicas (16, 18 en comparación con Mt. 5,32 y también Lc. 6,29 en comparación Mt. 5,39) y no dice cosas duras para los gentiles, como si lo hacen Mateo y Marcos (Mt. 10,15; 15,21-28; Mc. 7,24-30; 15, 16-20) o de plano las suaviza (por ejemplo Lc. 6,33 comparado con Mt. 5,47).

Lucas dirige su evangelio a un tal Teófilo («amigo de Dios» o «uno que ama a Dios») persona a quien merece respeto («muy excelentísimo») y al que se dirige con la intención de instruirle o convencerle de «la verdad» del evangelio.

Pero detrás está probablemente una comunidad básica de gentiles «temerosos de Dios», es decir, gentiles atraídos por el judaísmo pero no convertidos quizá por ello compuso su evangelio en Antioquia de Siria , Roma o el sur de Grecia, lugares fuertemente influidos por la cultura griega. Indicios de esto se ven por ejemplo en su descuido de la geografía de Palestina, en su presentación de la genealogía de Jesús, que lleva hasta Adán, no solo de Israel (3,23)

y en que no incluye en su evangelio leyes especificadas de pureza ni con los alimentos y leyes relativas al sábado, como lo hace Marcos.

Probablemente el Evangelio de Lucas fue escrito entre los años 80 – 90 d.c. puesto que pueden verse trazos de familiaridad del autor con la guerra entre judíos y romanos (66 – 70 d.c.) que provocó la destrucción de Jerusalén y el templo (19, 41 – 44; 21, 20 – 44) y que afectó tanto a los judíos. También se nota el uso de datos sobre Pablo, que escribió sus cartas primero y muy tempranamente.

Las intenciones de Lucas es relatar que Cristo es el Salvador (diecisiete veces en Lucas y ninguna en Marcos o Mateo) de hombres y mujeres. Quiere afirmar la universalidad de la salvación y su espíritu de misericordia. Los grandes soportes de su evangelio son la persona de Cristo y el Reino de Dios.

No hay que olvidar que, Lucas quiere presentar un “relato ordenado” para que se conozca “la Verdad”, pero pretendiendo hacer una biografía de Jesús o un reportaje periodístico. Pretende instruir a Teófilo y que él entienda el mensaje liberador de Jesús.

Debemos, pues, acercarnos con nuevos ojos al evangelio de Lucas y preguntarnos sobre los aspectos en que ilumina nuestra práctica de fe:

- el acceso personal a Jesús de muchas personas y la respuesta concreta que encuentran;
- la fe profunda de mujeres y hombres marginales, que aún sumergidos en los moldes de una sociedad opresiva, encuentran canales para su desarrollo. De hecho al Evangelio de Lucas se llama el Evangelio de los pobres;
- el sentido mas abierto y universal de este evangelio a los pueblos y culturas en el tratamiento de leyes y estructuras;
- un nuevo papel de las mujeres como protagonistas en el liderazgo de la fe...y tantas otras facetas que se descubren con una mirada atenta desde nuestra realidad, con un sentido crítico y abiertos a nuevos valores.

///

BREVE COMENTARIO DEL TEXTO

➤ El relato comienza con estas palabras: *«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó»*. Vosotros, Cofrades, hacéis el camino inverso. Vais de Jericó, es decir de Logroño, de Barbastro, de Monzón, de Sevilla, de Zaragoza..., a Jerusalén. Preparáis el viaje con mucho esmero. Lleváis muchos días, muchas semanas preparando ese viaje: las túnicas, las trompetas, los tambores, los folletos, los itinerarios de las procesiones... Vais a Jerusalén para ser testigos de lo que allí acontece. Vivís con emoción los misterios que celebramos. Os entregáis a ellos en cuerpo y alma. Vivís las procesiones con pasión. Y sabéis que no se trata solamente de celebrar procesiones, sino, sobre todo, de participar en las celebraciones litúrgicas: La Cena del Señor, La celebración de la Pasión y Muerte del Señor, la Vigilia Pascual. Y quedáis impregnados de lo que en Jerusalén acontece. Sois testigos del amor sin medida de un Dios que entrega su vida por amor a todos y a cada uno de nosotros. Y luego bajáis a Jericó, es decir a la vida ordinaria: a casa, a la familia, al trabajo, a la diversión... Pero en el camino de la vida os pasa, nos pasa a todos, lo mismo que al samaritano, nos encontramos con mucha gente que sufre, que lo pasa muy mal.

➤ *«Casualmente bajaba por el mismo camino un sacerdote: lo vio y siguió de largo. También pasó por allí un levita: lo vio y siguió su camino. Pero un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y se conmovió. Entonces se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo»*. Estas palabras del texto nos sacuden fuertemente por dentro. Algunos de los que vienen de celebrar los acontecimientos en Jerusalén ven al pobre tendido al borde del camino y pasan de largo. Solamente un extranjero, un samaritano, es capaz de pararse y atender a ese pobre apaleado y lleno de heridas. Solamente el samaritano tiene un corazón lleno de misericordia, tiene entrañas de amor. ¿No es ese pasaje, estas palabras que acabamos de oír, reflejo de nuestras propias vidas? ¡Cuántas veces pasamos de largo ante el sufrimiento y la miseria de los hombres, nuestros hermanos! Hemos acompañado a Cristo en su dolor y en su soledad, en su agonía y en su muerte, pero quizás nos cuesta como personas y como grupos atender al hermano solo y desamparado. Estamos pendientes de nuestros pasos de Semana Santa, de nuestra Cofradía, pero no tenemos tiempo de ver y estar con el hermano.

➤ *«El samaritano, entonces, se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo. Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al dueño del albergue, diciéndole: “Cúidalo, y lo que gastes de más, te lo pagaré al volver».*

Es curioso ver que quien se para a atender al pobre y necesitado es un extranjero, un samaritano, un hombre que no tiene la misma fe que los judíos. Sí, el samaritano ha tenido una mirada atenta, un corazón sensible y una voluntad decidida. Se ha volcado sobre la miseria del hermano. Podríamos decir que ha sabido ver en el hermano tendido en la cuneta al mismo Dios que en Jerusalén llevaba la cruz a cuestas camino del Calvario. Y no sólo se ha comprometido con él vendando sus heridas y llevándolo a la posada, sino que se ha comprometido en ayudarlo los días que precise y con los gastos que ocasiones de más. Y el relato, la parábola, acaba con estas palabras: *«Vete, y haz tú lo mismo».*

Y ahora vienen las preguntas que no debemos dejar de hacernos como cofrades y como cofradías, es decir, personalmente y colectivamente:

1. *¿Qué situaciones parecidas existen donde vivimos?*
2. *¿Consideramos que estas personas que sufren son "mi prójimo"?*
3. *¿Cuál es nuestra actitud frente a ellos?*

Dicho con otras palabras: ¿Qué hacemos nosotros por los más pobres y necesitados? Jesús nos dice en la Parábola: *«Vete y haz tú lo mismo».*

Recordemos también lo que nos dice el Apóstol Pablo en la primera carta a los Corintios: *«Si no tengo caridad nada soy».* Y todo lo que es privilegio, servicio, virtud misma, pertenencia a una Cofradía, procesionar en Semana Santa, tener mucho entusiasmo con la Semana Santa, si no tengo caridad, *«de nada me aprovecha»* (1Co 13, 1-4).

La caridad es superior a todas las virtudes. Es la primera de las virtudes teologales: *«Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad»* (1Co 13,13).

El Papa Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica sobre la Eucaristía, en el número 89 dice: «*La unión con Cristo que se realiza en el Sacramento nos capacita también para nuevos tipos de relaciones sociales: « la 'mística' del Sacramento tiene un carácter social »*. En efecto, « *la unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que Él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán »*²⁴¹ A este respecto, hay que explicitar la relación entre Misterio eucarístico y compromiso social. La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (cf. *Ef 2,14*). Sólo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf. *Mt 5,23- 24*).²⁴² Cristo, por el memorial de su sacrificio, refuerza la comunión entre los hermanos y, de modo particular, apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. No hay duda de que las condiciones para establecer una paz verdadera son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón.²⁴³ De esta toma de conciencia nace la voluntad de transformar también las estructuras injustas para restablecer el respeto de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. La Eucaristía, a través de la puesta en práctica de este compromiso, transforma en vida lo que ella significa en la celebración. [...] La Iglesia no tiene como tarea propia emprender una batalla política para realizar la sociedad más justa posible; sin embargo, tampoco puede ni debe quedarse al margen de la lucha por la justicia. La Iglesia « debe insertarse en ella a través de la argumentación racional y debe despertar las fuerzas espirituales, sin las cuales la justicia, que siempre exige también renunciaciones, no puede afirmarse ni prosperar».²⁴⁴

Y añade en el número 90: «No podemos permanecer pasivos ante ciertos procesos de globalización que con frecuencia hacen crecer desmesuradamente en todo el mundo la diferencia entre ricos y pobres. Debemos denunciar a quien derrocha las riquezas de la tierra, provocando desigualdades que claman al cielo (cf. *St 5,4*). Por ejemplo, es imposible permanecer callados ante « las imágenes sobrecogedoras de los grandes campos de prófugos o de refugiados —en muchas partes del mundo— acogidos en precarias condiciones para librarse de una suerte peor, pero necesitados de todo. Estos seres humanos, ¿no son nuestros hermanos y

hermanas? ¿Acaso sus hijos no vienen al mundo con las mismas esperanzas legítimas de felicidad que los demás? ». ²⁴⁶ El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad: son situaciones cuya causa implica a menudo una clara e inquietante responsabilidad por parte de los hombres. En efecto, « se puede afirmar, sobre la base de datos estadísticos disponibles, que menos de la mitad de las ingentes sumas destinadas globalmente a armamento sería más que suficiente para sacar de manera estable de la indigencia al inmenso ejército de los pobres. Esto interpela a la conciencia humana. Nuestro común compromiso por la verdad puede y tiene que dar nueva esperanza a estas poblaciones que viven bajo el umbral de la pobreza, mucho más a causa de situaciones que dependen de las relaciones internacionales políticas, comerciales y culturales, que por circunstancias incontroladas». ²⁴⁷

Y concluye en el número 91: *«El misterio de la Eucaristía nos capacita e impulsa a un trabajo audaz en las estructuras de este mundo para llevarles aquel tipo de relaciones nuevas, que tiene su fuente inagotable en el don de Dios. La oración que repetimos en cada santa Misa: « Danos hoy nuestro pan de cada día », nos obliga a hacer todo lo posible, en colaboración con las instituciones internacionales, estatales o privadas, para que cese o al menos disminuya en el mundo el escándalo del hambre y de la desnutrición que sufren tantos millones de personas, especialmente en los Países en vías de desarrollo. El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente la propia responsabilidad política y social. Para que pueda desempeñar adecuadamente sus cometidos hay que prepararlo mediante una educación concreta a la caridad y a la justicia».*

IV CONCLUSIÓN

Ante la invitación de Cristo, *«Vete y haz tú lo mismo»*, y ante las palabras del Papa, es preciso que nos preguntemos: ¿Hemos asumido con valentía el que nuestras Cofradías, todos nosotros, estamos llamados a ser Samaritanos de los pobres?

Quizás surja la pregunta: y ¿cómo hacerlo?

Es hermoso ver cómo lo hacían en la antigüedad las Cofradías, como por ejemplo la Vera Cruz. Don Fermín Labarga, Director del Secretariado de Hermandades y Cofradías de la Diócesis de Calahorra y La Calzada-Logroño, ha hecho un estudio sobre ello y es hermoso ver cómo se urgía a los cofrades a vivir la caridad con los otros cofrades necesitados (caridad *ad intra*) y con los pobres y necesitados aunque no fuesen cofrades (caridad *ad extra*).

Veamos unos ejemplos:

- [Nájera]... *“El prior y los mayordomos habían de procurar que los hermanos pidieran limosnas los domingos para el sustento del cofrade necesitado, cuyo nombre siempre debía permanecer en secreto”.*

- [Bergasilla]... *“Si faltase leña a los cofrades, el señor Abad debía mandar que se les llevase la necesaria para su buena aisitencia, mirando en esto al amor y piedad fraternal que ha de existir en el seno de toda cofradía”.*

- [Jubera]... *“Se invitaba a los cofrades a visitar a los enfermos graves y a dar doctrina para que se confiesen y reciban el Santísimo Sacramento”.*

- [Pinillos]... *“Si algún pobre muere en esta villa, o en su término, le haya de enterrar la Cofradía”.*

Hoy en día toca a las Cofradías ver, descubrir cuáles son las pobrezas de su entorno (ad intra y ad extra) para vivir también la caridad. Nos lo decía bellamente el Papa Juan Pablo II: *«Se trata de continuar una tradición de caridad que ya ha tenido muchísimas manifestaciones en los dos milenios pasados, pero que hoy quizás*

requiere mayor creatividad. Es la hora de una nueva 'imaginación de la caridad', que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quienes sufren, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno» (Juan Pablo II, *Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte*, año 2000, nº 50)

Me atrevo a lanzar, en esta línea de la nueva imaginación de la caridad, algunas propuestas para que las estudiéis y podáis llevarlas a la práctica:

1. ¿No deberíamos plantearnos el entregar un tanto por ciento de nuestros ingresos o de nuestros presupuestos a obras de caridad como pueden ser la Cocina Económica, Cáritas, Manos Unidas, incluso a la propia Diócesis etc.? Exigimos a los Gobiernos y Ayuntamientos que den el 0'7 % de sus presupuestos, pero no nos lo aplicamos a nuestras organizaciones. La CEE ha entregado este año (y es el segundo) a Cáritas el 1'5 % del Fondo Interdiocesano (es decir, de lo que recibe de la casilla asignada a la Iglesia en la Declaración de la Renta).
2. Quizás algunas Cofradías podrían asumir algún proyecto social de aquí, de España, o del Tercer Mundo. Todo depende del presupuesto que manejeis. También se podría llevar a cabo entre varias Cofradías.
3. Las Parroquias del Casco Antiguo de Logroño se han planteado poder abrir un local para acoger a pobres y transeúntes que durante el día no saben a dónde acudir. Ahí podrían estar calientes en invierno, podrían charlar, jugar a las cartas, ver la televisión... hasta que llegase la hora de ir a dormir al Albergue. ¿No podrían asumir este proyecto las Cofradías? Se trataría no tanto de asumir la construcción o arreglo del local, aunque también podría ser eso, sino de hacer turnos entre cofrades para estar al frente de ese lugar de acogida, de esa posada entre Jerusalén y Jericó.
4. ¿No podría cada cofrade, o la propia Cofradía como tal, plantearse el dedicar un tiempo a organizaciones como Manos Unidas y Cáritas? Se podría trabajar en esas organizaciones, o en otras, metiéndooos en el grupo que ya existe de voluntarios o crear un grupo entre vosotros haciendo actividades que redunden en beneficio de esas entidades, como hacer teatro, un partido de fútbol, un rastrillo....

Ojalá, queridos Cofrades, seamos buenos samaritanos en nuestra sociedad, en nuestro mundo. Eso significan las palabras de Jesús: «*Ve tú y haz lo mismo*». Gracias por vuestra paciente escucha.

+ *Juan José Omella Omella*
Obispo de Calahorra y La Calzada-Logroño